

## Las Edades

### *Puntos*

No puedo negar que soy búho. Me gusta la noche, siempre me ha gustado y rara vez me acuesto antes de las cuatro o las cinco de la madrugada. Puedo permitirme el lujo de dormir a pierna suelta hasta bien pasado el mediodía. En mi primaria concepción de la naturaleza humana, salvadas las necesidades básicas, la verdadera calidad de vida consiste en acostarse cuando uno quiere y no poner el despertador. Odio que me despierten. Los amigos lo saben y se cuidan mucho de llamar antes de las tres. Por eso, cuando el teléfono o el timbre suenan bruscamente por la mañana pienso en una emergencia o un vendedor o un predicador o el revisor del contador del agua. Mientras pienso, puedo reaccionar de dos maneras, dando media vuelta para seguir durmiendo o saltando de la cama impulsado por un misterioso resorte, como acaba de suceder.

Es una carta certificada. No recuerdo tener multas impagadas. El sobre no es del Ayuntamiento ni de Tráfico. Es del MACA, Museo de Arte Contemporáneo de Aragón. Lo curioso es que dicho Museo todavía no existe, al menos no abierto al público. Tengo entendido que lo quieren inaugurar en octubre. Hago un garabato en el resguardo con gesto de extrañeza, cierro la puerta y abro la carta. Firma el director en persona, que me llama estimado amigo aunque no lo conozco de nada. Como ya sabré, me dice, se acerca el ansiado día de apertura de tan ambicioso proyecto gestado durante años. Detalla con entusiasmo las características y modernidades del nuevo museo, con salas para exposiciones temporales y con la intención de crear la gran colección del arte contemporáneo aragonés. Hasta aquí no entiendo nada, Es decir, entiendo lo que me cuenta pero no entiendo por qué me lo cuenta a mí. A continuación pasa al verdadero motivo de la carta. Dice el director que en los últimos tiempos el Museo ha ido adquiriendo muchas de las piezas que han de configurar esa colección permanente y que él personalmente sentiría que ese catálogo está incompleto si en primer lugar no aparece una obra de la que ha tenido noticias recientemente, una obra de una importancia esencial aunque apenas conocida que, según tiene entendido, pertenece a mi colección. No puedo evitar una sonrisa al pensar que mi colección se compone básicamente de ese cuadro. Por fin me dice que le gustaría mantener un encuentro conmigo “para tratar el asunto de la posible cesión de dicha obra al Museo en las condiciones que ambas partes estimen más oportunas” y se despide con un cordial saludo.

Y sin preguntarme cómo ha tenido noticias del cuadro y sin haber visto nunca su cara, imagino su gesto de perplejidad cuando le diga que no, que el cuadro no se mueve de su sitio, que está muy bien donde está, en una pared de mi habitación, frente a mi cama, como siempre. Imagino también que dirá que no hay que tomar decisiones precipitadas, que es mejor dialogar, que sería un privilegio para el Museo, que el cuadro estaría en un lugar preferente, que el mundo tiene derecho a ver ese cuadro, a saber de su existencia, que si el problema es el dinero, se podría negociar la cantidad, incluso que pueden hacer una réplica exacta para la pared de mi dormitorio.

Le diré que tengo que pensarlo y él me dará una tarjeta oficial en la que apuntará también el número personal para que no dude en llamarle a cualquier hora del día o de la noche. Y yo lo llamaré un par de días más tarde para decirle que si pueden hacer una réplica exacta para mi dormitorio también pueden hacerla para el Museo, a ver qué cara pone. Supongo que al principio se negará rotundamente y quizás pregunte por qué le tengo tanto apego a ese cuadro. Y yo le diré que ese cuadro trae suerte. Es lo único que me llevé de la casa familiar cuando murió mi madre.

--Llévate el cuadro, te dará suerte --me dijo en su lecho de muerte.

Mi madre era francesa, le diré al director del Museo, pero por lo visto las madres francesas también sienten morirse dejando a un hijo soltero y solo en la vida, y más siendo hijo único. No confiaba mucho en la suerte que podía depararme, pero lo único que me llevé fue ese cuadro viejo que siempre había colgado de una pared de la habitación de mis padres. Como buena francesa que era, mi madre cambiaba la decoración de la casa cada dos por tres, o sea, la ubicación de los objetos o la función de las habitaciones. Yo volvía del colegio y de repente el salón se había convertido en mi dormitorio, mi dormitorio era el estudio, el estudio era ahora el salón y el salón pasaba a ser la habitación de mis padres. Y siempre, con el cuadro colgado frente al lecho conyugal.

Fue lo único que me llevé y lo colgué frente a mi cama de soltero solitario. Y ahí estuvo durante un montón de años, hasta que me mudé a mi actual casa, le diré al director, y le explicaré que no soy amigo de tirar, me cuesta, así que después de tanto tiempo, más de diez años, la idea de empaquetarlo todo, bajar cuatro pisos de escaleras, cargarlo en una furgoneta, descargarlo, subir tres pisos de escaleras y recolocararlo me producía pavor. Era la ocasión de deshacerme sin contemplaciones de lastre, y me desprendí con facilidad de muebles, ropas y multitud de objetos varios que se amontonaban por todos los rincones. Pero con los papeles no es tan fácil, tengo que comprobar lo que tiro, y así cayó en mis manos un suplemento sobre Goya que había publicado recientemente un periódico de la ciudad con motivo del 250 aniversario del nacimiento del pintor y que yo había guardado para leer en otro momento.

Consciente de que no podía hacer eso con todos los papeles, que tenía que decidir si conservarlo o tirarlo a la basura y, en el primer supuesto, leerlo en mi nueva casa, me puse a leer. En una alusión a otros artistas contemporáneos, encontré el nombre de Valdés de Cabra, el autor del cuadro que colgaba en mi habitación, el cuadro que había comprado mi padre en París. Una tarde, paseando con desidia, pasó ante la tienda de un anticuario y vio algo que le impulsó a entrar. Hay dos versiones, que vio un cuadro pequeño, de unos cincuenta centímetros de largo por treinta de altura, dividido en dos partes, una negra y una blancuzca, por un horizonte desde el ángulo superior derecho al inferior izquierdo. En realidad la zona de negro se adentra en el territorio de la blanca rompiendo la simetría. En el centro, como una nube que parte ese horizonte, aparece un brochazo gris horizontal. O bien que vio a la dependienta y que, una vez dentro de la tienda y para entablar conversación, se interesó por ese cuadro o ella le indujo al interés.

--Creo que se casó conmigo para no separarse del cuadro --decía mi padre.

Mi madre bromeaba diciendo que había prometido que se casaría con el hombre que comprara ese cuadro, aunque fuera viejo y horroroso, palabra que sonaba muy graciosa en su acento francés. Cuando lo compró mi padre dudó, estuvo a punto de romper su promesa...

--¡No es cierto! --saltaba entonces mi padre-. Casi me obligaste a comprarlo.

--Porque entró un viejo horroroso que también lo quería --reía mi madre, y daba gusto verla reír, tan francesa.

Como usted comprenderá, le diré al director, no puedo separarme del cuadro. Gracias a él se conocieron mis padres, lo que quiere decir que gracias a él existo yo. El director pensará que las cuestiones sentimentales cuestan más dinero y, tras una breve pausa, añadiré que ahí no acaba la historia. No es que yo sea un experto, ni mucho menos, le diré al director del museo, pero al leer el nombre en el suplemento, no pude evitar pensar que si ese cuadro era de un coetáneo de Goya y era, según mi escasa noción, un cuadro abstracto... Llamé a un conocido licenciado en Historia del Arte y

le pregunté si conocía a un tal Valdés de Cabra. Me dijo que no, que quién era. Entonces le pregunté si sabía cuándo puede decirse que empieza el arte abstracto.

--Un segundo --dijo, y fue a buscar algún libro-. El primer pintor que hizo cuadros abstractos y que teorizó sobre ello fue el ruso Vasili Kandinski (1866-1944). Emigrado a Alemania, jugó un papel importan...

--¿Y tú crees que puede existir algún abstracto anterior? --interrumpí su lectura. --Yo ya sólo creo lo que ven mis ojos.

--Pues quiero que vean una cosa. ¿Puedes venir a mi casa?

Mi amigo vino, miró y remiró el cuadro sin apenas inmutarse, escuchó mi historia de los papeles y el suplemento sobre Goya y el nombre de Valdés de Cabra, volvió a mirar el cuadro, puso en duda que en la firma pusiera Valdés de Cabra, puso en duda que, si lo ponía, se tratase del mismo Valdés de Cabra y puso en duda que ese cuadro datara de finales del XVIII. No obstante, dijo que investigaría. Dos días más tarde volví a llamarlo. No había encontrado nada en sus libros y no había tenido tiempo de ir a la biblioteca de la facultad. Como no mostraba especial interés, le pregunté el nombre de algún profesor especializado en esa época y me dio un par de nombres. El primero, me dijeron por teléfono desde la facultad, participaba esos días en un congreso internacional y estaba fuera del país; el segundo, tras alguna consulta, me dijo que sí, que existía con ese nombre un pintor de tiempos de Goya, un pintor menor, de segunda fila, que prácticamente sólo es conocido por alguna referencia esporádica. Sólo se conservan dos pinturas de Valdés, una del acueducto y otra de La Granja, que pertenecen a una colección particular de Segovia, su ciudad natal.

--Son dos cuadros de corte neoclásico sin mucho interés salvo por la perspectiva tan particular que hace que los edificios, aun anclados en el suelo, den la sensación de flotar en el vacío --me dijo.

Al día siguiente viajé a Segovia, le diré al director del Museo, que habrá recuperado el interés por la narración. Me recibió un hombre de unos sesenta años, muy delgado, alguna enfermedad chupaba sus carnes. Me mostró los cuadros. Los edificios, en efecto, parecían flotar sobre un suelo leve, como si quisieran echarse a volar con toda su aparatosidad. Eran dos cuadros bastante grandes, de unos dos metros de longitud por uno y medio de altura, y en el ángulo inferior derecho figuraba la misma firma que yo había leído mil veces en el que colgaba de mi casa.

--Valdés de Cabra nació aquí, en una posada que hubo dos calles más abajo. Se sabe muy poco de él, parece que era hijo de una criada y algún cura de san Cosme. Estos cuadros deben de ser de su primera etapa, antes de marchar a Madrid, aunque muestran algunos rasgos de pintor experimentado. ¿Se ha fijado en que los edificios parecen descansar sobre el agua? Y la pincelada, venga, acérquese, ¿lo ve?, esa fuerza, esa expresividad. Unos brochazos que parecen inconexos y sin embargo, si nos alejamos sólo un metro, ahí está el acueducto. Es una pena que no se conserven más obras, aquí hay un gran pintor, se lo digo yo.

Seguramente tenía razón, pero los cuadros no me decían nada, habían defraudado mi expectación, me parecían dos pinturas normales, cuyos méritos yo no sabía apreciar. Entonces mi anfitrión me preguntó por el origen de mi interés hacia Valdés de Cabra.

--Leí su nombre el otro día en un artículo sobre los pintores coetáneos de Goya y recordé un cuadro que vi hace un tiempo en París, pero no puede tratarse de la misma persona.

--¿Qué cuadro? ¿Cómo era aquel cuadro? -el coleccionista sabía sobre Valdés de Cabra más de lo que me había contado. Habría palidecido de no ser ya un cadáver-. ¿Recuerda el cuadro?

Sus dedos de hueso se clavaron en mi brazo, como si quisiera evitar cualquier intento de huida. Pensé que no podía negarle la verdad, como si estuviera en mi mano cumplir su última voluntad.

--Era un cuadro mitad negro, mitad blanco, partido en diagonal, con un brochazo gris en el centro.

--¿Quiere un poco de vino? -me dijo, ya más tranquilo-. ¿Tiene prisa? Puede quedarse aquí esta noche. Tenemos camas de sobra. Mi hija vendrá en seguida.

Con el vaso de vino en la mano, me explicó que en el 2000 se cumplían los 250 años del nacimiento de Valdés de Cabra, y que esperaban a esa fecha para dar a conocer los estudios que estaba realizando su hija para demostrar la excepcionalidad del artista en la historia de la pintura.

--¿Usted se lo imagina? ¡Un pintor abstracto en 1790!

La hija no tardó en llegar. Desbordaba toda la salud que faltaba en su padre. Se sorprendió al verme, pero no dijo nada. Fue su padre quien tomó la palabra:

--Ha visto otro -daba por supuesto que la hija sabía que se refería a uno de los cuadros abstractos de Valdés de Cabra.

--¿Dónde? -preguntó ella sin poder evitar que la emoción asomara inmediatamente a sus ojos.

--En París, en la tienda de un anticuario -respondió él, como si me hubiese acompañado en aquel viaje, y añadió-: *Las Edades*.

¡Conocían mi cuadro! ¡Tenía un título!

--Lo sabía, sabía que estaba en Francia. ¿Quiere venir a París? Paga la Fundación Valdés de Cabra -dijo ella, cada vez más entusiasmada-. Es su recompensa por haberlo encontrado. Dónde está la tienda de ese anticuario.

--No lo recuerdo bien, paseaba por allí -seguí con el engaño.

--Haga memoria, tiene que recordar, piense, en qué barrio, ¿era una calle grande, estrecha, cerca del Sena? ¡Recuerde!

Casi gritaba y me miraba como si estuviera a punto de abrir mi cabeza para hurgar en mi memoria. El padre servía un poco más de vino en mi vaso. Me senté y busqué las palabras que pudieran tranquilizar a aquella mujer:

--No se preocupe, lo recordaré. Soy algo despistado pero, al final acabo recordando. De todas formas, es muy posible que el cuadro ya no esté allí.

--Iremos a comprobarlo. Quizás el anticuario sepa quién lo compró, tal vez sea algún cliente suyo.

--¿Por qué tanto interés? -pregunté entonces antes de descubrirme.

Entonces me lo explicó. Valdés de Cabra nació en Segovia, dos calles más abajo, en 1750. Con la intención de viajar a Italia, realizó algunos cuadros como esos dos que teníamos delante, pero nunca llegó más allá de Madrid por falta de medios. No se sabe mucho sobre él, pero existen unas cartas apenas conocidas a un amigo suyo de Segovia -igual que Goya le escribía a Martín Zapater- que revelan que Valdés de Cabra es un auténtico pionero o precursor del arte del siglo XX, un auténtico abstracto a finales del XVIII. La hija llevaba varios años estudiando al pintor, siguiendo pistas, buscando. La mayor parte de sus obras probablemente se han perdido. Las cartas no son prueba suficiente. Si no existen los cuadros, uno al menos, no hay nada que hacer.

Acostado en la habitación de invitados, me preguntaba por qué había aceptado finalmente la invitación y me había quedado a pasar la noche en la casa; quizás, me respondía, porque aquella mujer había despertado desde el principio cierta atracción en mí. Pensaba también en el valor que podrían alcanzar los dos cuadros de Valdés de Cabra que había en aquella casa si se demostraba que el pintor era en efecto un adelantado de la abstracción. Y pensaba sobre todo en el valor que adquiriría el mío, el primer cuadro intencionalmente abstracto, pensaba. Debería decir la verdad y contribuir con mi cuadro a la revolución de la historia del arte. Me venían a la cabeza cifras multimillonarias. Todos los grandes museos del mundo querrán exhibirlo, le diré al director del Museo que pensaba aquella noche cuando oí unos golpes en la puerta.

--Soy yo, ¿puedo pasar un momento? -dijo la mujer con una vela en la mano que dejó sobre la mesilla-. Tengo que hacerle una pregunta, sólo una. Lo tiene usted, ¿verdad? *Las Edades*, es suyo, lo compró en París.

--No -mentí de nuevo- pero sé dónde está y creo que puedo conseguirlo.

--Tengo que verlo. Tiene que llevarme, hay que conseguirlo.

--Iremos mañana por la mañana.

Ella también parecía abstracta, pensé aquella noche, pero eso no se lo diré al director. Sí le diré que lo decidí durante el trayecto. Si el cuadro era auténtico, ¿cuánto podía valer, cuánto estaría ella dispuesta a pagar? Allí mismo cerramos el trato, todavía no era una obra de interés para el patrimonio nacional.

--¿Y qué pasó? ¿Lo vendió? -tendrá que preguntar entonces el director. Y yo le diré que pasó lo que había pronosticado mi madre, que el cuadro me trajo suerte porque ella, cuando lo vio, ya no quiso separarse nunca de él y ahí sigue y seguirá, presidiendo nuestro dormitorio.